

PABLO

Ya sé que de momento no representan ningún diner; pero con el tiempo...

CARMEN

Llevas diez años de preparativos y tú mismo confiesas que necesitas doble tiempo para que tu descubrimiento empiece á dar. ¿Veinte años y para entonces la fortuna? Gracias. Tenemos tiempo de habernos muerto antes de hambre.

PABLO

Siempre es mejor que llamar á algunas puertas.

CARMEN

Procurar por su casa á nadie humilla.

PABLO

Desde dentro de ella.

CARMEN

¿Cómo, Pablo? ¿Es que alguien va á venir á interesarse por nosotros, si ya se sabe el modo que

tienes tú de agradecerlo? ¡También á mí me gusta prescindir del mundo y darle con la puerta en las narices! Es muy bonito; pero no cuando una se encierra en un pozo para lograrlo; sino con abundancia y desde arriba.

PABLO

¡Desde arriba! ¡Esa es tu obsesión! ¿No te lo estoy diciendo siempre? ¡Subir, trepar, como la hiedra! ¿No es así?... Pues mira: la hiedra, en su afán de subir alto, agarrada á los sillares, tira de ellos, los desencaja de su argamasa, hace ruina el murallón y cae con él; piénsalo, Carmen.

CARMEN

No siempre caerá.

PABLO

No; la hiedra no. Si tuvo tiempo de ganar la cresta, pasa del murallón á las paredes de la torre; ella se salva; pero hizo su obra; el murallón cae solo, y eso soy yo quien ha de pensarlo, y yo lo pienso.

Vuelve á ocuparse en sus observaciones sobre la mesa y CARMEN, con decisión le afronta.

¿Te da lo mismo que llamemos á las cosas por su nombre, Pablo? Porque es que si no, reviento yo. Ni aquí hay tal hiedra ni tales paredes. Siempre fui yo del mismo natural y hasta hace pocos meses no se te ocurrió hacerle ascos; ¿y sabes por qué? Porque tú evitarás hasta nombrarle; pero desde hace unos meses, Pablo, en tus adentros y aquí en casa, no hay más que una manía, una preocupación: Julio Quintana.

PABLO

Violentamente, como viniendo á la realidad y prescindiendo ya de sus trabajos.

¿Qué?

CARMEN

Julio Quintana, ya está dicho: que no te creas que me da reparo. Y es muy posible que lo de dejarte sin la auxiliaría, venga de él; no te lo niego. Le diste un desaire, se venga como puede, ¿y qué, hasta aquí? ¿Vamos á cruzarnos de brazos y apechugar con la miseria por no tratar con él? También es fuerte cosa; porque yo no tengo culpa. ¿Pues para cuándo dejas el darle importancia? ¡No faltaba más! Yo no quiero que te eches á sus pies, á darte con un canto en el pecho para desenobar al hombre; ¡no! ¿Cómo he de quererlo?... Pero hay mil maneras...

PABLO

¡Carmen!

CARMEN

Sin ir más lejos, en casa de Arroyo. Déjalo de mi cuenta. ¡Si aquello es un rincón de ministerio!... Por eso te digo... le hablaré al doctor Arroyo, que te aprecia mucho. Procuraremos averiguar de dónde viene el tiro. Él trata mucho al otro. Veremos las explicaciones que hay que darle, ¡y qué demonio! á una mujer le está bien todo; se le hablará á Quintana, si es preciso...

PABLO

Amenazador; poniéndose en pie.

¡Carmen!

CARMEN

¿Te has vuelto loco?

PABLO

No; mírame bien; estoy en mi juicio. Has sido tú, rompiendo con tus manos el anónimo de toda esta

trama burda, la que trajo la conversación á este terreno; pues bien, sea: por una sola vez, hablemos. ¿Que yo vaya detrás de tus intrigas, de tus vanidades y de tus deseos? No, no; yo peso más; te arrastro á ti. Yo mando. ¿No ves que yo pienso? Te prohibo...

CARMEN

¡No prohibas!

PABLO

Te prohibo no sólo que hables, pero siquiera que veas á Quintana. Por el camino que has dicho, no has de dar un paso. Prefiero el hambre.

CARMEN

Entonces, basta.

PABLO

¿Te vas?

CARMEN

¿No has concluído?

PABLO

¿No te excusas, siquiera?

CARMEN

¡Pablo!

PABLO

Comprendo: pero es demasiado cómoda esa actitud que te franquea á punto la puerta.

CARMEN

¿A punto?...

PABLO

La hora de todas las tardes: ¿no has pensado alguna vez, cuando combinas tus idas y venidas, que esta regularidad es sospechosa?

CARMEN

¿Tienes algo que echarme en cara?'

PABLO

Tu impaciencia, ¿no basta?

CARMEN

Es que me parece absurdo llevar más lejos una explicación inútil.

PABLO

Te esperan las de Arroyo.

CARMEN

Como todas las tardes.

PABLO

¿Y cenarás allí?

CARMEN

Probablemente; si se empeñan. Les debemos demasiadas atenciones para que yo no acceda á un buen deseo suyo que es, además, una amabilidad,

PABLO

¡Si les debemos tantas atenciones!

CARMEN

Yo, personalmente, hasta mis trapos.

PABLO

¡Carmen!

CARMEN

¿Vas á decirme que estás en vena de negocios y que puedes mandarles el dinero? Porque si es así, me quedo: ya ves tú. No creas que pagarles en humillaciones y zalamerías me resulte cómodo.

PABLO

Ni tú creas que esa impertinencia lo resume todo: yo no te impongo la obligación de llevar los trapos que llevas.

CARMEN

Me la impone tus méritos; eres, al fin y al cabo, un hombre conocido. En resumidas cuentas: ¿dejas ó no dejas para mí lo de la cátedra?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RILYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

PABLO

Te lo he dicho ya: prefiero el hambre.

CARMEN

Entonces...

Hace un movimiento de hombros y se dispone á salir; antes de llegar á la puerta, vuelve sobre sus pasos, como pensándolo mejor, y para despedirse de PABLO inclina la cabeza esperando el beso de adiós.

PABLO

¿Qué?

CARMEN

No, nada; pero como ahora has establecido la costumbre de no entrar siquiera á verme cuando llego... Por si no ceno en casa, ¡hasta mañana!

Ahora es cuando marca el gesto indicado.

PABLO

Con sequedad; retirándose.

¡Oh, no, Carmen, gracias! Me conmueve tu gene-

rosidad... pero el formol no se ha alterado en estos meses: apesta lo mismo que antes.

CARMEN

Como quieras: adiós.

PABLO

Adiós.

Sale CARMEN por el fondo. PABLO queda unos momentos pensativo. Luego, bruscamente, llama:

¡Enrique, Enrique!

ENRIQUE

Precipitado; entrando por la lateral izquierda: le sigue GLORIA.

¿Don Pablo?

GLORIA

¿Llamabas?

PABLO

Sí.

Al ver á su hermana.

Para hablar precisamente de vosotros... ¿tú te quedas?

GLOBIA

¡Oh, no, entonces! Allá espero. Hablad cuanto queráis; piensa en mi felicidad y ¡Dios te bendiga!

Le abraza y sale por la misma lateral.

PABLO

Enrique, escucha... Dime si está el pobre Isidro en su sitio de costumbre. ¿Se ve desde aquí?

ENRIQUE

Dirigiéndose á la ventana y mirando por ella.

Se ve... No está.

PABLO

No está.

ENRIQUE

Perdone usted... se había escondido un momento. Vuelvo á verle. Sale. Despacio y parándose, á veces. Parece que siga á alguien, ocultándose de él...

PABLO, como avergonzado, se tapa la cara con las manos.

¿Le llamo?

PABLO

Sí... ¡No, déjale!... Y él vendrá si algo tiene que decirme: gracias, Enrique.

Hay una breve pausa; ENRIQUE se acerca á su maestro, procurando tímidamente reanudar conversación con él.

ENRIQUE

¿Le parece á usted que hablemos, don Pablo?

PABLO

¿Ahora?... Sí. Ya no me da pena lo que tengo que decirte: vas á ser feliz.

ENRIQUE

¿Consiente usted, don Pablo?

PABLO

Vas á ser feliz... de otra manera. Cuando me escuches, creerás que es un dolor; pero yo te juro que es la felicidad.

ENRIQUE

¿Entonces? ... ¿Gloria?...

PABLO

Yo no te la niego; es el destino. Te lo indiqué al principio, cuando dudaba todavía...

ENRIQUE

¿Y ahora?...

PABLO

Ahora no dudo; está herida; en el pecho. Cuando me la trajeron, yo tenía entusiasmos, esperanzas. Hoy yo valgo poco. Y para la ciencia actual no tiene remedio. Óyeme, Enrique; no te aflijas... No pedéis casaros; sería su muerte; su muerte antes, en pocos días... Entiende bien que no me opongo yo: es el médico. Para mí, tú eres mi hermano menor desde este instante. En lo demás me atengo á tu conciencia; no te aflijas.

ENRIQUE

Casi entre sollozos.

¿Y dice usted que voy á ser feliz?... ¿Se burla usted de mí, don Pablo?

PABLO

No; te conozco. Aunque sólo sea por piedad, sé que la tendrás doble cariño desde ahora. Y harás bien. Una fidelidad de pocos años puede garantizarla siempre una mujer; ¡y como no ha de vivir más!... Cuando te deje será tuya todavía; la cerrarás los ojos y cerrarás en ellos su última mirada, que habrá sido para ti: ¿deseabas mayor felicidad? Pues no la da este mundo.

ENRIQUE

¡Don Pablo, injusto no! La envuelve usted en un despecho que será justo tal vez; pero ¡ella no es como las demás mujeres, ¡es ella, don Pablo!

PABLO

También yo, á tus años y en la misma situación, habría dicho ¡es Carmen!

ENRIQUE

Pues no debimos hablar de estas cosas en este momento. Sufre usted demasiado y los que sufren demasiado son crueles... Pero olvida usted que su hermana espera: ¿qué le digo?

PABLO

No mientes diciéndole que mi consentimiento lo tenéis; por lo menos esta alegría puedes dársela; pero que a consejo todavía unos meses de paciencia para asegurar su curación total; que .. nada más: fatalmente y como siempre, la realidad se encargará del resto. Tú lo sabes.

ENRIQUE

No, don Pablo; no sé nada.

PABLO

Pues la ciencia dice...

ENRIQUE

¡Pero no dice nunca la última palabra! Además, para los que queremos, queda Dios.

PABLO

¡El milagro! Sí; es hermoso. Díselo también a ella.

ENRIQUE

No lo necesita.

PABLO

¿No sospecha?

ENRIQUE

Tal vez sabe que está su vida amenazada; pero no necesita creer en el milagro para esperar con toda su alma: ¡tiene fe en usted!

PABLO

Con estupor y con dolorosa ironía.

¿En mí?

ENRIQUE

Muy conmovido; al salir.

No lo olvide usted, don Pablo.

PABLO

Basta... Ve con ella, ve con ella.

Sale ENRIQUE por la lateral izquierda. Don PABLO se deja caer desplomado delante de su mesa de trabajo, diciendo:

¡Pero si es inútil; si yo ya no puedo nada!

Llaman con los nudillos en la puerta del fondo, sobre los cristales.

PABLO

¿Quién?

ISIDRO

Su voz, entreabriendo la puerta.

Pablo, ¿estás ahí?

PABLO

Saliéndole al encuentro.

¡Padre!... ¿entonces?...

ISIDRO

¡Esta vez, cuando vuelva, ha de decírmelo á mí, á su padre y á la cara, que es mentira!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior: únicamente la luz ha cambiado. Está encendida una lámpara que cuelga del techo y otra, de trabajo, con pantalla verde, sobre la mesa. Pablo, pegada la frente á los cristales, observa, por la ventana, el exterior.

GLORIA

Entrando por la lateral derecha.

Pablo, ¿es cierto lo que cuenta Isidro?

PABLO

No sé; ¿qué cuenta Isidro?

GLORIA

¿Por qué ha vuelto?... Dice que viene á buscar á Carmen, para hacer con ella un viaje muy largo; que lleva meses preparándose para ese viaje. ¿Lo sabías, Pablo? A mí no me ha dicho nadie nada.